

J. J. GARATE



LA MÉDALLICA

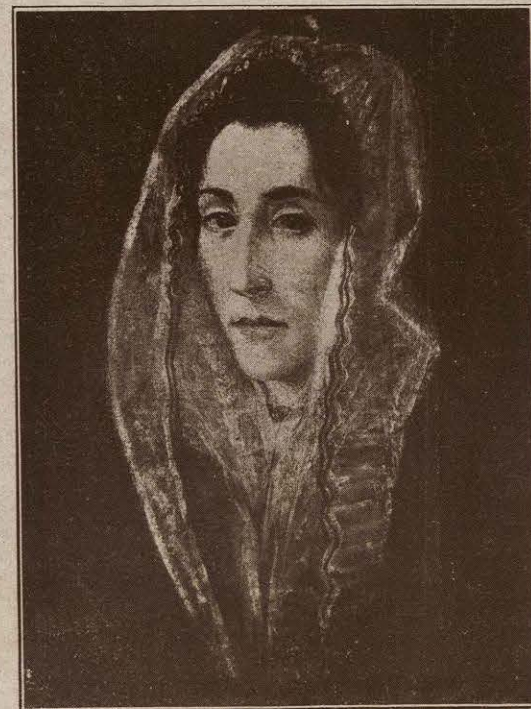
Greco, y algo añadiremos á lo dicho para que no quede atrás el ALBUM SALÓN y para que no nos lo digan todo mañana los extranjeros que nos descubren. Así sólo es de recordar para Rosales que nació en Madrid en 4 de Noviembre de 1835, que á sus costas y fatigas pasó á Roma en donde años después le alcanzó una pensión del Gobierno, y que el hombre que en la Exposición de Madrid de Bellas Artes del año 1862 no hizo más que hacerse notar con su cuadro la *Nena*, una muchacha italiana jugando con un gato, dos años después, en 1864, presentaba el *Testamento de Isabel la Católica* que llevado tres años después á la Exposición de París, conquistaba para España uno de los mayores éxitos que nuestra pintura haya alcanzado en Europa en el siglo XIX.

Pero en París como en Madrid se atravesaron los émulos, y aunque grandemente honrado en una y otra Exposición el gran cuadro de Rosales, ni en uno ni en otro país se le hizo justicia porque... porque Rosales era aún joven y había viejos como el Florentino Ussi que no podían esperar, y viejos españoles de quienes no queremos hablar en este artículo.

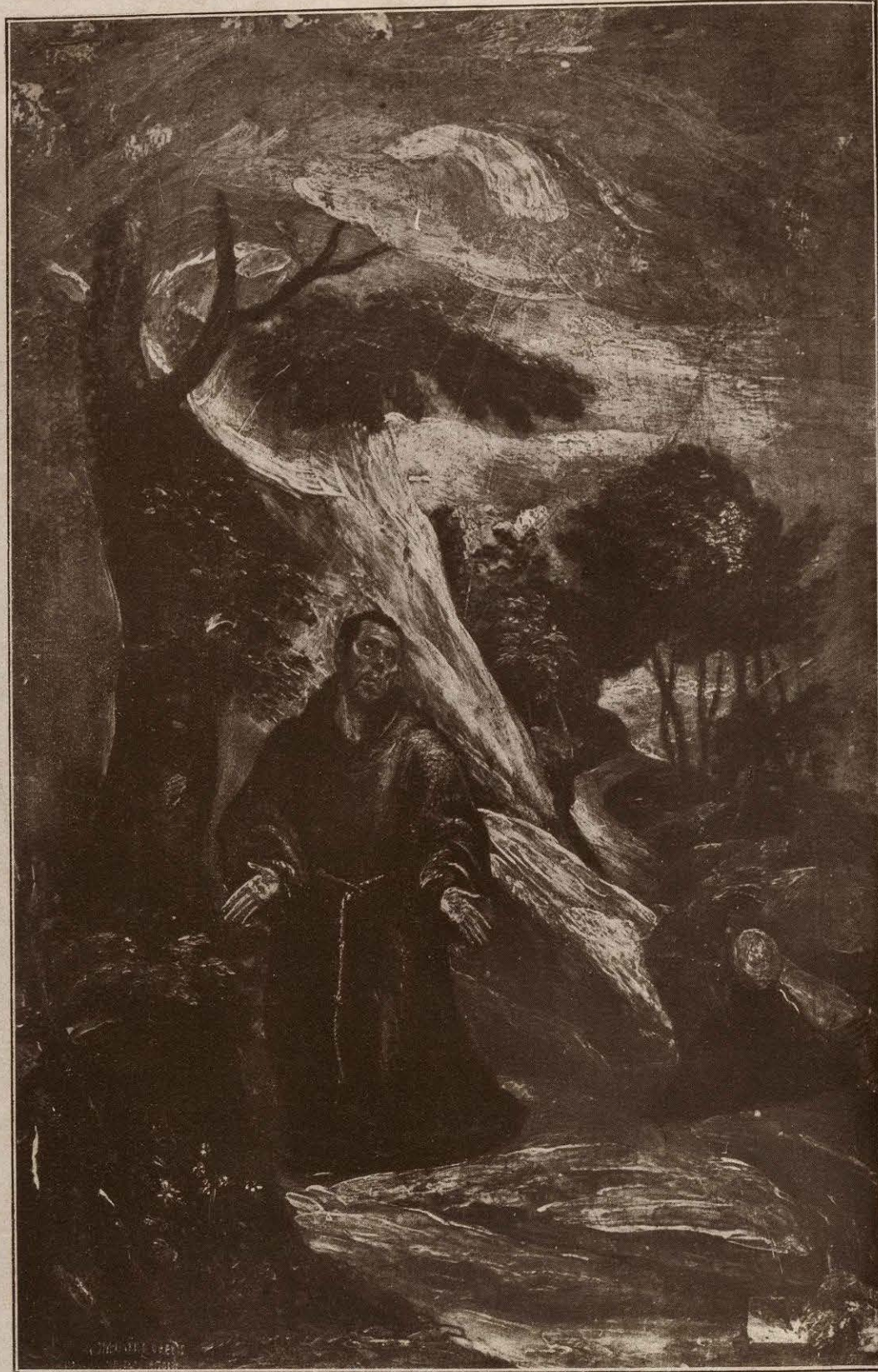
Dijose entonces del *Testamento* que estaba bien pintado y bien compuesto, pero que fuera de la figura de Isabel la Católica no había idealidad en el cuadro, sino vulgaridad, vulgar *ordinariez* como decía el dispensador de gracias y favores de la época, el crítico Cañete. Dijose igualmente de su color que era falso, que se había pintado con la paleta con que se copian los cuadros antiguos de los museos, y como del mal que se dice de uno ó de una obra, se dice lo del ruido, que agua lleva, Rosales, que ya en su *Testamento* quiso huir de la crítica que por aquel entonces se hacía de los cuadros de historia, esto es, de su *teatralidad é idealismo*, resolvió pintarlos en lo sucesivo con la paleta de los modernistas de nuestros días, con la paleta de *La muerte de Lucrecia* que presentó en 1871 en la exposición de Madrid, obra que obtuvo la primera medalla y la reprobación unánime de la crítica.

Cuánto hubo de sufrir en aquellos días Rosales que se sentía minado por la tisis recuerdo que lo dejó dicho Fernández Flores. «¿Qué importa que el árbol se seque si ha producido su mejor fruto?» decía el gran artista refiriéndose á *La muerte de Lucrecia* que veía preterida por su otro cuadro *Presentación de Don Juan de Austria al emperador Carlos V*, en Yuste. ¿Es que Rosales se equivocó como se equivocó Cervantes prefiriendo y anteponiendo el *Persiles y Segismundo* á *Don Quijote*?

Para la crítica, para el público, era la



LA MUJER DEL GRECO; cuadro del mismo. Propiedad del Marqués de la Vega de Inclán.



SAN FRANCISCO.

Cuadro del GRECO; propiedad de don Ignacio Zuloaga.

*Presentación de Don Juan*, una vuelta al *Testamento de Isabel la Católica*, pero con un progreso, con la pérdida de la *ordinariez* de los personajes que tan duramente le censuraban en *La muerte de Lucrecia*, y nosotros no hemos de decir que no hubiera en esto razón, que no la habría en representar á Napoleón el grande, bajo y barrigudo, de no saber que era hombre de pequeña estatura y buena barriga, que lo que agranda el tiempo no tiene y no puede representarlo pequeño y bajo el artista.

Recuérdese la disputa de pocos años antes con motivo de *La muerte de César*, de Ventura de la Vega, representada por Romea; recuérdese á Romea en el *Guzmán el Bueno*, etc., en una y otra obra el gran actor se permitía cruzar sus brazos detrás de sus espaldas, lo cual, si era muy propio y familiar y característico de Romea, no consta, esto es, el tiempo no nos lo metió en la cabeza ni para César ni para Guzmán.

Tocamos la tremenda cuestión del naturalismo que quien sabe á donde hubiera llevado con el tiempo á Rosales de vivir tanto como el Greco. El grande artista que nos lega como testamento sus grandiosos *Evangelistas* de la iglesia de San Tomás de Madrid, sin exageración dignos de Miguel Angel, de vivir, hubiera acabado mucho antes de que con ellos acabara el Siglo XIX, con todos los que llevan demasiado lejos el principio de que en arte todo es convencional.

«Dar al César lo que es del César», esto no se lo propuso ni Romea ni Rosales y en esto se equivocaron, en lo que no se equivocaron fué en combatir, lo mismo en el teatro que en la pintura, cada uno dentro de su círculo, el melodramatismo.

Cuando Greco resolvió cambiar de estilo cansado de oír de sus cuadros que se parecían á los de Ticiano, que es lo que dirían los críticos de su tiempo; el Greco no cambió como se cambia de traje, que uno pasa en un momento de tiros largos á tiros cortos. El Greco está entero en lo que se puede presentar de él como más ticianesco, como Rosales está entero en *Isabel la Católica*, *La muerte de Lucrecia* y los *Evangelistas* y no menos en la *Presentación de don Juan*, que las elegancias que aquí se notan son las de la moribunda Isabel.

Los genios son grandes individualidades y así son sus obras, individualistas; el socialismo artístico produce obras sin individualidad, es decir que de la primera como de la última obra

del artista ó del grupo artístico se conoce toda su ascendencia, todo tiene de la familia.

Dígase del Greco, cuando deja de ser un individualista, dígame de qué figura suya, de qué retrato suyo no sentimos la individualidad, aún cuando acaban por sernos familiares sus modelos. De aquí que los retratos del Greco se impongan á primera vista, tanto, que uno está convencido, á la vista de ellos, que los retratados fueron y no pudieron ser de otra manera que como son sus retratos; de aquí su grande valor como iconografías.

Posee el museo de Madrid magníficos retratos del Greco, y en Madrid, y por consiguiente en la Exposición se encuentran algunos muy notables, tal la magistral cabeza que ya dubitativamente presenté en *Hispania* como siendo la de Paravicino, propiedad de don Pablo Bosch.

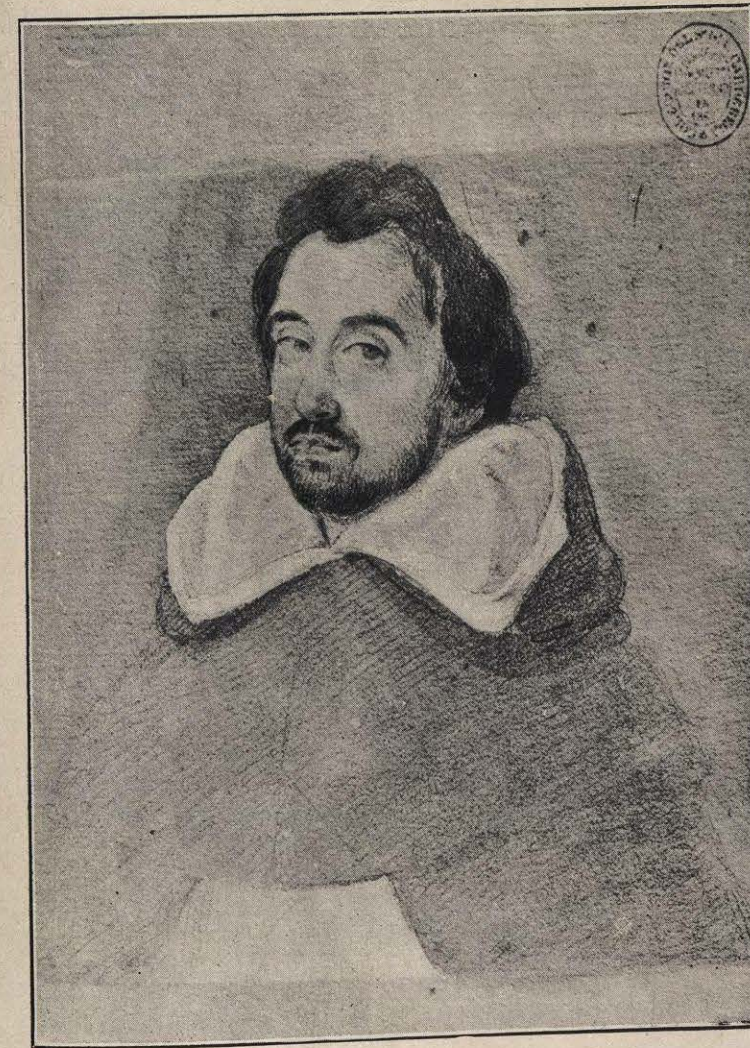
Retrató el Greco á Paravicino y bien conocido es el soneto que con este motivo escribió el famoso poeta y predicador de la corte de Felipe III, pero hoy tengo conocido sino el cuadro pintado por el Greco y tan celebrado por el retratado, su imagen.

Figura en la colección de dibujos de Valentín Carderera que se conservan en la Biblioteca de Madrid, una copia de un cuadro, hecha al lápiz con poco donaire por cierto, del célebre trinitario, que reproducimos. Este dibujo, de un cuadro al parecer hoy perdido,—tal vez publicándolo aparezca,—nos da un Paravicino de los últimos tiempos, fallecido en 1633, un Paravicino enfermo, y si tuviéramos que calcular de su enfermedad por la caída de sus ojos y desplome de su cuerpo, recordándole como más joven y sano se nos presenta en el magnífico Paravicino del señor conde de Oñate, diríamos que Paravicino padeció largo tiempo una enfermedad incurable.

Todavía en Madrid se encuentra otro Paravicino, pero es sólo su cabeza, hoy propiedad del señor marqués de Casa Torres, antes propiedad del señor Muguero de Sevilla. Nosotros sentimos verdadera satisfacción de poder á la vez deshacer un casi error nuestro y dar á conocer á la patria la vera efigie de uno de los más grandes apóstoles del culteranismo.

Pero, ¿por qué no notar todavía que ni el Greco ni Rosales mostraron gran predilección por la forma femenina, por la belleza viva en la tierra? Esto parece contradictorio con las repetidas *Asunciones* y *Anunciaciões* que del Greco existen en Toledo y Madrid, que sino enseñaron á Murillo á componer las suyas, le indicaron por qué camino había de tomar; con sus glorias llenas de *ángeles* tan soberbiamente bellas como las que se ciernen sobre los mártires tebanos del Escorial; pero nótese una cosa: cuando encontramos del Greco casi á porrillo retratos de hombres, de mujeres no sabemos de otro más que el de su mujer, que podrá verse en Madrid si presenta el que posee el señor marqués de la Vega de Inclán. ¿Sería que fuera esa señora tan celosa que le tuviera prohibido á su marido retratar á las bellas de su tiempo?

Nosotros celebramos el poder dar á conocer el cuadro del señor Marqués que viene á justificar lo que escribimos sobre la familia del Greco, pues nadie dudará de que en el cuadro en cuestión tenemos de



RETRATO DE FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICINO; pintado por el GRECO. Dibujo original de VALENTÍN CARDERERA. Existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

mayor edad, y de menos salud, á la misma mujer conocida como la hija del Greco, famoso cuadro que posee en Londres uno de los hijos de Stirling-Maxwell, uno de esos afortunados á quienes por ser extranjero le fué posible estudiar nuestros artistas y publicar sus estudios.



RETRATO DE FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICINO Y ARTEAGA. Cuadro del GRECO; propiedad del Conde de Oñate.

Merece á mi vez todavía notarse que Rosales y el Greco no fueron amigos de la naturaleza.

De paisajes, el primero no nos dejó ninguno y aún cuando del segundo tenemos una *vista de Toledo*, si decimos que debe reputarse como una vista arquitectónica queda dicho que allí estará Toledo pero no el paisaje; no un paisaje toledano como pinta don Aureliano Berruguete, quien, sin duda alguna, por lo mucho que admira al Greco, habrá enviado á la exposición sus Grecos que son de lo mejor que se encuentra en Madrid y en España, fuera de Iglesias y Museos, con excepción, perdónenos dicho señor, de los dos Grecos que don Leopoldo Eguilaz tiene en Granada, de los que yo publiqué malamente uno, el *Julian Romero*, que espero poder enmendar en breve, pues son en toda la plenitud de la palabra verdaderos cuadros de museo.

¿Cómo se explica que pintores tan individualistas como Rosales y el Greco no sientan la alma de la naturaleza, ellos que tan fuertemente sintieron la de los seres humanos, ellos que sabían hacer reír, sufrir y morir sus modelos, como ellos entendían que había de ser? Del Greco tal vez se pueda reputar cuadro de paisaje el que posee don Ignacio Zuloaga y reproducimos. Es indudable que en ese cuadro hay un paisaje y, cosa admirable, un paisaje que no necesita de la presencia del San Francisco, de una *ordinariez* que levantaría á los críticos muertos del año 60 si lo llevaran á sus tumbas, para que todos digamos que en aquel paisaje está también el Greco. Privilegio éste que sólo disfrutaban los que saben andar por este mundo no tirados de la zaga sino tirando de ella, privilegio que sólo alzan los genios, porque sólo ellos tienen derecho á estampillar sus obras.

Pero... ¿por qué no hemos de acabar observando que si Madrid no ha levantado una estatua á su hijo inmortal, tampoco se lo ha levantado al Greco?

¿Por qué no notar en estos días en que tanto se habla y tanto se lleva de un lado al otro el exclusivismo catalán, la mala voluntad de Cataluña por los castellanos y Castilla, y cuando tan duramente se acusan las pretensiones de Barcelona, que es aquí, en Barcelona y en su provincia, en donde Rosales y el Greco tienen las únicas estatuas en España levantadas para enaltecer su memoria, y que si á Rosales se le erigieron los hermanos Masriera, al Greco se le levantó Rusinyol?

Nosotros queremos creer que cuando de esto se enteren los artistas no catalanes, pues no queremos decir anticatalanistas, no crearán en nuestro exclusivo ni en nuestro desamor á las glorias españolas.

S. SANPERE Y MIQUEL